

## ÁPUNTES SOBRE EL POETA PRUDENCIO

### II

#### DATOS BIOGRÁFICOS

Entre las provincias romanas, convertidas con el andar del tiempo en nacionalidades europeas, fue, sin duda, España la que experimentó con la venida del Cristianismo reacción más honda y duradera. La sustitución del error pagano por la verdad católica realiza en los moradores de la Iberia una gran renovación que se conserva intacta á través de las visciditudes, conquistas, invasiones y turbulencias, descubriéndose por manera especial en las creaciones del arte literario. Los ingenios paganos que florecieron allí durante la primera centuria no merecen considerarse genuinos representantes de la índole y carácter nacionales, sino últimos destellos del esplendor literario del imperio romano, próximo á eclipsarse. Una provincia privada de gobierno propio y fiel imitadora de sus amos, como era España en aquel período, carecía de intrínseca vitalidad, y en las producciones del talento no podían revelarse por modo libre y espontáneo las cualidades distintivas de la raza.

No parecerá aventurado este concepto, si contemplamos, siquiera de paso, la faz que ofrece el florecimiento literario de la Península antes del instante en que, decaídos y maltrechos los restos del paganismo, la nueva fe instaló allí sólidamente sus dominios. Ocupa puesto muy distinguido entre los escritores de la edad hispano-pagana, la renombrada familia de los Sénecas, oriunda de Córdoba, que sólo tienen de su tierra natal la propensión al concepto, hinchazón y amaneramiento. El fértil cantor de Farsalia pasó su vida entera en Roma, sin dar ocasión á que se adivine su origen, ni por los episodios de su vida, ni por las tendencias de su labor literaria. Quien aspire á

ser dechado y cifra del españolismo, que es escuela de honor, preferirá en cualquier trance la muerte, sobrellevada con hidalguía, á la ignominia de continuar viviendo como fruto de alguna ruindad de alma ó pequeñez de miras. Lucano bastardeó de la nobleza patria cuando, para caer en gracia al tirano, denunció cobardemente á sus amigos y á su propia madre. Cuanto á su aspecto literario, no es patriótico por el asunto del poema, ya que tiene por asunto la derrota y caída de Pompeyo; y absorto en admirar la figura de Catón y de otros héroes ajenos, no consigna en sus pomposas descripciones ni la más leve reminiscencia de su patria. De análoga suerte figura Marcial, pintor expresivo y delicado de las costumbres contemporáneas, no ciertamente de Bilibis, donde vio la luz, sino de Roma, su patria adoptiva. En esta ciudad empleó los años mejores de su vida en idólatras adulaciones á Tito y Domiciano, y cuando se sintió decaído y viejo, emprendió la vuelta á su país natal, pero le sobrevino tal tristeza por haber abandonado á sus amigos y á la tierra que había sido fuente y objeto de su inspiración, que á poco murió de nostalgia. No sería ocioso demostrar con pormenores semejantes cómo el autor de las *Instituciones oratorias*, y Columela, que en su obra titulada *Las Huertas* se empeña en resucitar á Virgilio, se muestran más romanos que españoles, tanto en lo peculiar de su vida como en las manifestaciones de su talento; pero el amor á la brevedad nos lo impide.

El verdadero genio literario de España se despierta y brilla con luz propia en el siglo IV, y su desarrollo adelanta en armonía con los triunfos cada vez más brillantes que la nueva fe iba consiguiendo en aquel terreno al parecer tan ingrato. Mientras un mar de sangre vertida por los mártires fertiliza los campos donde había de crecer, sostenido por vigorosas raíces, el árbol de la Iglesia, brota un torrente de inspiración divina, inunda el alma nativa de los españoles y la inflama con el entusiasmo de ideales sublimes y no presentidos hasta entonces. La viveza del sen-

timiento religioso excitó á un tiempo el amor á la patria, dio abundante pábulo al espíritu de independencia, y animando, como fecunda savia, el cuerpo todavía informe de la literatura hispana, le imprimió profunda huella de originalidad y de inspiración castiza.

Con tan benéfica transformación se alza aquella tierra de la oscuridad y del sopor á la verdadera vida. De su seno no surgirá en adelante otra persecución como la que desató contra el Cristianismo el español Trajano ; en cambio empuñará las riendas del mando el grande español Teodosio, héroe de la nueva religión, varón hecho según el corazón de Dios ; no volverán á Roma, procedentes de Córdoba, pensadores al estilo de Séneca, que abrumados bajo el peso del hastío en la observancia de las máximas epicúreas, hagan saltar muellemente la sangre de sus venas con estoica indiferencia ; los nuevos escritores marcarán una era gloriosa en la enseñanza de la moral ; los mártires de Cristo constituirán una falange invencible, contra la cual habrá de estrellarse la impetuosidad del furor pagano ; y los cantores sublimes de aquellas acciones heroicas, ejecutadas por los confesores de la fe, iniciarán la serie inmortal de escritores religiosos, enardecidos por la inspiración católica, que, dando sus primeros frutos en los versos de Prudencio, informa y vivifica los romances ó cantos populares, enciende la fantasía de los que celebran las épicas proezas del Cid, y en la edad de oro produce con poder sobrehumano los arranques líricos de San Juan de la Cruz, los vuelos de Fray Luis de León y los éxtasis de la doctora avilesa, haciendo que la literatura castellana aventaje á las demás literaturas del mundo por la riqueza, profundidad, hermosura, gracia y valor del género místico religioso.

Como es sabido, en la biografía de los varones eminentes se refleja de ordinario la imagen de la época y de la sociedad á que pertenecieron : por fenómeno inexplica-

ble se reúnen y compendian en ellos los ideales, gustos y propensiones contemporáneas con tanta fidelidad, que el examen atento de las figuras insignes que han descollado en la sucesión de los tiempos, suele despedir luz más abundante que el estudio complejo de la humanidad en determinada época. Después de observar con diligencia los hechos concernientes á la vida pública y privada de Cicerón, es lícito lisonjearnos de conocer á lo vivo la historia romana en la edad de oro. Bastaría la lectura de una *Vida paralela* de Plutarco, para formar concepto sobre algún pueblo de la antigüedad entre aquellos que, llenos de vigor primitivo, daban sin reparo al mundo inteligencias nunca rivalizadas y hombres de heroicidades increíbles. De acuerdo con esta verdad, los grandes siglos, desde el de Pericles hasta el de León XIII, han sido bautizados con el nombre de alguno de aquellos personajes múltiples que, por la extensión de sus conocimientos y amplitud de sus dotes, encierran en uno muchos hombres y son como el resumen de una época importante.

Al indagar el estado político, literario y religioso de España, durante el siglo IV y principios del V, se patentiza el aserto anterior con el provecho que para el caso se obtiene de conocer los hechos y comentar las obras de AURELIO PRUDENCIO CLEMENTE. Desgraciadamente son vagos y reducidos los pormenores que de su vida se conservan. Pertenece al corto número de escritores que no se complacen distraendo al lector con prolijas confidencias sobre su persona, y si alguna vez no evade la necesidad de hablar de sí mismo, lo hace con moderación honrosa para su humildad, pero nociva á la integridad de la historia. El lugar mismo de su nacimiento permanece en tela de juicio y se asemeja, por tal incertidumbre, á la patria de Homero y de otros varones de esclarecido entendimiento, que han suscitado nobles controversias entre ciudades ávidas del timbre de haber arrullado su cuna. Sin embargo, Zaragoza aspira á vencer en la contienda con razones provistas de

mayor peso. En varios himnos el poeta la menciona, recordándola y ensalzándola con predilección y afecto que sólo despierta en el ánimo el lugar donde se deslizaron los años de la infancia, donde hemos recibido la primera educación, guardamos las prendas más queridas y donde yacen con cuidadosa veneración los restos de nuestros mayores. "Nuestro pueblo, dice en una parte, guarda los despojos de diez y ocho mártires; y es Zaragoza la poseedora de tan gran tesoro." En análogas alusiones á la misma ciudad, prodiga el pronombre *nuéstro*, bien sea el plural ficticio, ó hable como intérprete de la muchedumbre; en tanto que á Calahorra y Tarragona no lo aplica sino rara vez, sin tanta energía y con menos viva ternura.

Vino al mundo hacia el año 348, cuando gobernaban el imperio los descendientes de Constantino y comenzaba á manifestar su odio implacable contra la verdad cristiana el apóstata Juliano. El esplendor de las instituciones paganas estaba ya en gran parte disipado; las deidades mitológicas, perdido su valimiento, iban abandonando la ciudad del Tíber; el fuego de las vírgenes vestales estaba á punto de apagarse para siempre; la célebre estatua de la Victoria, que presidía las deliberaciones del Senado desde los tiempos de Augusto, vacilaba sobre su pedestal. Los príncipes regenerados en sus creencias lanzaban enérgicos edictos contra los espectáculos inhumanos del Coliseo; pero levantaban aún la voz tenaces defensores de la tradición, furibundos adversarios del Cristianismo, quienes, empuñando con ardor las armas de la elocuencia, trataban de persuadir la conservación del culto pagano é incitaban al pueblo á seguir venerando las divinidades de sus mayores. Se hacía, pues, necesario que surgiesen, para hacerles frente, varones al estilo de PRUDENCIO, quienes vivificados en los raudales de la fe, diesen el golpe de gracia al paganismo, derribando sus ídolos, abatiendo sus conatos, contentiendo su sensualidad y sus libertades.

Ninguna noticia conservamos acerca de sus mayores, pero se infiere que pertenecía á familia de buena posición,

por la educación esmerada que recibió en sus primeros años. Al recuerdo de su infancia no une la complacencia con que en la madurez de la vida suelen saborearse las impresiones de la tierna edad; vuelve, al contrario, con amargura hacia su edad infantil y nos la describe "afligida bajo el peso de duras férulas (1), aludiendo en tan breve figura á la extremosa severidad con que en aquella época se aguijaba la aplicación en las escuelas de primera enseñanza.

Cuando concluyó su educación elemental, despojado de la pretexta por la toga viril, se dio á ejercer la profesión de abogado, cultivando con ardor las literaturas griega y latina y cuantas artes servían entonces para obtener puesto distinguido en el campo de la elocuencia. No subsisten de PRUDENCIO obras en prosa, ni discurso alguno que permita apreciar su habilidad en el arte oratoria; pero las dignidades y puestos elevados que pasó á ejercer, fueron sin duda premio de sus merecimientos.

Nadie ignora que la elocuencia se tuvo entre los romanos, desde los primeros tiempos del imperio, como el camino más seguro hacia la prosperidad, los honores y las riquezas. Revestido el joven con las armas de la retórica, penetraba en el foro, donde le ofrecían ocasión para desplegar el vigor de su palabra; pero no entraba allí con intento de proteger la virtud, explicar la verdad ó trabar nobles contiendas en provecho del honor y de la justicia; no para procurar la absolución del inocente y la pena del culpado, sino que combatía á toda costa por la victoria, empeñándose en que la causa débil se trocara en fuerte y al contrario; allí el orador ponía en juego sus artificios para contener ó inflamar los fugaces arrebatos de la muchedumbre y captarse la voluntad de los jueces, no pareciendo que los seducía, sino que ellos seguían con ánimo reflexivo el parecer del engañoso abogado. La cuestura, el gobierno de las provincias y el consulado incitaban á la juventud

(1) *Aetas prima crepantibus flevit sub ferulis*—V. Catthemeron.

amante de la gloria como hermosos premios con que había de coronar sus triunfos en el arte del bien decir.

El mismo entusiasmo por este género de talento cundía en las regiones conquistadas; y no bien convirtió España en sumisión sus dos veces secular resistencia al yugo romano, se amoldó á las costumbres, gustos y carácter de sus vencedores, adoptando su lengua y fundando escuelas donde se cultivaba con predilección la elocuencia al estilo romano. No pocos alumnos resultaban maestros é iban á la capital del mundo á desempeñar los más altos empleos. Ya en la época de AN gusto descollaba entre los retóricos romanos Porcio Latrón, oriundo de España; y en el reinado de Vespasiano se creó la primera cátedra de elocuencia pública, siendo adjudicada al célebre español Quintiliano. Por tanto, no parezca extraño que PRUDENCIO, adornado por la naturaleza de vivo y despejado talento, de rara sensibilidad y de irresistible amor á cuanto es grande, se dejase arrollar por la corriente de las pasiones oratorias y dirigiese sus conatos juveniles á brillar en los concursos, distinguirse en los alegatos y cautivar con el encanto de su voz á las multitudes dóciles, listas dondequiera al aplauso. Los términos en que recuerda su carrera de abogado, son susceptibles de interpretación errónea y merecen cuidadoso examen.

Dice que oprimido por los vicios, dio en patrocinar la falsedad, y se ruboriza y enfada al recuerdo de las manchas que oscurecieron la lumbre de su edad floreciente. La metáfora textual contiene extremada viveza, y leída sin ninguna especie de comentario sugiere la creencia de que malgastó las primicias de sus años en halagar los depravados instintos de la naturaleza, con la mentira en los labios, el orgullo en el corazón y la malicia como móvil de sus acciones; pero el genuino significado de este pasaje y de los otros versos que sirven de prólogo á sus poemas, requieren algunas reflexiones conducentes á suavizar la violenta impresión que leídos sencillamente despiertan contra la juventud de PRUDENCIO.

En el curso de nuestra vida se realizan á menudo cambios de diverso linaje: si á los nacientes destellos de la razón, la santa ignorancia cede el puesto al conocimiento del mal; si en el tránsito de la niñez á la juventud, se mudan los tonos de la voz; al final de los años ocurre con frecuencia una transformación de mayor trascendencia: cuando el hombre se acerca á la hora de la conciencia y de las profundas reflexiones; cuando el cabello encanecido le muestra muy distante en el pasado el día de su nacimiento y le anuncia el fin de su carrera, el alma se recoge naturalmente en sí misma; medita con amargura en el mal ejecutado ó en el bien que se ha dejado de hacer en tan largo tiempo; y si es una conciencia cristiana el teatro de tan serios cuidados, mayor tortura ocasiona la contemplación de las pasadas negligencias: ligeros deslices surgen en la memoria cual monstruos de iniquidad y en forma hiperbólica se recuerdan las omisiones ó faltas cometidas. San Jerónimo, postrado de hinojos ante los sombríos pedregones de su gruta, se lamentaba entre cilicios y golpes de los honestos desahogos que había concedido en Roma á los impulsos de su indomable energía. ¿Y quién no ha leído siquiera una página de las famosas Confesiones en que Agustín penitente agiganta sus yerros, comunes á muchos mortales que pasan por varones intachables? Respecto de nuestro autor, coaviene tener presente que elaboró y dio á la estampa sus versos cuando había cumplido cincuenta y siete años. Oigamos sus propias palabras: "Después de experimentar amargas decepciones en mi tenaz empeño de obtener victoria, goberné dos veces el freno de nobles ciudades, tributé justicia á los buenos y atreí á los criminales. Por último, la benignidad del Príncipe me elevó á un grado en la milicia palatina; y de este modo pasé á ocupar puesto distinguido en la Corte. Voló para mí esta clase de vida, y repentinamente la nieve invadió mi cabeza censurándome del olvido en que tenía el año de mi venida al mundo." "Es tiempo ya de que mi alma

pecadora se despoje de su necedad y celebre á Dios en sus cantos, ya que no lo glorificó en sus acciones.”

Poseído de tales pensamientos, apartado del tráfico mundano y en la soledad de su encierro á donde lo llevó la gracia de Dios á la proximidad de su vejez compone PRUDENCIO el prólogo de sus cánticos, donde se hallan las citadas expresiones. No sería justo tomar á la letra sus inyectivas; sólo podemos admitir que mientras vivió sujeto á los azares de su profesión, empleado más tarde en el ramo administrativo, como Jefe de alguna Provincia en España y últimamente llamado por sus méritos á ocupar puesto brillante en el rango más cercano al Emperador, no tuvo tiempo de cultivar la piedad cristiana que en su infancia había acariciado y que en las puertas de su vejez abrazó de nuevo con noble contrición y enternecimiento.

Los breves rasgos trazados hasta aquí sobre PRUDENCIO, ponen de manifiesto en su persona, no tanto al amigo de la literatura, cuanto al hombre de acción, que participa de las pasiones dominantes en su siglo, despliega en la magistratura la energía peculiar al romano, y sólo con empeño secundario y amonestado por tristes desengaños, busca consuelo en la inspiración que á un tiempo con el amortiguado fervor religioso sintió reanimarse, y se recoge á oficiar con blanda paz en el templo de la poesía. Empleó en obras de actividad la primera y más larga parte de su vida, y al declinar de su existencia no vaciló en dedicarse, libre de negocios civiles, á la adoración de Dios y al cultivo de las letras. Por tanto, no fue un administrador oficioso ni se elevó al lado del príncipe por la vana pretensión de que el talento literario todo lo conquista y no se ha de reducir á brillar modestamente en la escuela. La prerrogativa de hacer versos no siempre va acompañada, en quien la disfruta, de disposiciones que lo acrediten apto para tener éxito en los otros campos de la actividad humana, como

acaso se imaginen aquellos cuyo único título para ocupar puesto eminente en la administración civil, es el haber declamado en salones, con éxito brillante, peregrinas composiciones. En cambio, es lícito afirmar que cuando al talento natural se añade el realce de las humanidades, se forma entonces en el individuo algo muy singular y excelente, de donde emanan energías poderosas para cualquier objeto á que se apliquen. No exigua parte de los héroes de guerra, de los que se han distinguido en la diplomacia, de los que han fundado imperios y ennoblecido repúblicas, fueron también consumados humanistas según testifica la historia. Y para no citar aquí sino personalidades de España, una de las más celebradas del siglo de oro fue, sin duda, D. Diego Hurtado de Mendoza, quien tuvo una carrera lacialisima de embajador y hombre de Estado, y estudiaba, entendía é imitaba los clásicos con ardor propio de su vigoroso temperamento; y al rayar la aurora de la pasada centuria, ¿quién, sino Jovellanos, campeaba entre sus compatriotas por la alteza de su carácter, por su valor incontrastable en sostener la dignidad del reino, y á quién á un tiempo la posteridad celebra como á maestro perfectísimo de la lengua castellana, y la gratitud le adorna el sepulcro con el título glorioso de *padre de la patria*? El estudio del clasicismo, cuando á imitación de PRUDENCIO y de tantos otros varones insignes se emprende con amor y se prosigue con perseverancia, temple las fuerzas del alma, esclarece las luces del entendimiento, fortifica la voluntad, debilita los instintos descabellados, infunde en la mente serenos ideales, mantiene el corazón encendido en nobles afectos, depura el gusto y engendra otras gracias tan señaladas, que las facultades mediocres se ensanchan y los firmes y penetrantes talentos toman ingentes proporciones, se immortalizan en sus obras y vienen á ser honra, modelo y orgullo legítimo de la tierra que los puso en el mundo. En Inglaterra, donde impera por excelencia el espíritu práctico, los hombres públicos suelen también engrande-

cerse en el estudio de las humanidades; rinden admiración á la antigüedad clásica, dedican á ella sus horas de ocio, y si por un lado se mezclan á los adelantamientos de la industria material, hallan por otro su más grato esparcimiento en el trato y familiaridad de Lucrecio, de Horacio, de los eminentes tratadistas de filosofía y demás representantes en lo escrito de lo verdadero y de lo bello. Bastaría traer á la memoria lo que se refiere en la vida de Gladstone, muerto pocos años há, sobre sus ocupaciones predilectas, para desvanecer como infundada la opinión de que el buen gobierno riñe con la sabiduría y de que al literato no se han de fiar nunca los destinos de un país por no ser ese el campo adecuado á su acción.

Se ignora á qué género de reveses ó contratiempos hace alusión PRUDENCIO cuando rememora, con la vaguedad humilde de su narración, ciertos sucesos que le turbaron la paz del espíritu durante su estancia en la corte y lo indujeron á cambiar de vida, á tornar á su país natal, á sacudir el cansancio de los quehaceres terrenales para buscar la dulcedumbre de una vida consagrada, en la soledad, á las contemplaciones del ascetismo y las fruiciones del talento; pero se adivina de cuánta aflicción sería para él la muerte del emperador Teodosio, su compatriota y bienhechor, á cuya benigna diligencia y justo reconocimiento del mérito, debía el ocupar puesto preeminente en las gradas de palacio. Es también fácil de presumir que en una posición como aquélla, brillante en sumo grado para un provincial, hubiese de sufrir con frecuencia los embates de la emulación maligna, que nunca desiste de acechar los altos empleados para tenderles redes insidiosas y derribarlos de su altura, ó por el prurito de causar daño ó por la ambición de levantar sobre las ruinas del bien ajeno la propia grandeza. El instinto de la detracción, arma ignominiosa de que se echa mano con más facilidad de la que parece en detrimento de la gloria de los demás, promoviendo disturbios, desbaratando inocentes uniones é irrogando con la

ligereza del viento males irreparables, no tenía tal vez en la edad remota de que tratamos tanta extensión y libertad como la tiene en la época presente. No consta que la reputación de PRUDENCIO padeciera estragos bajo el fuego devorador de la calumnia, que una vez encendido, difícilmente se apaga, y á manera de fuerza volcánica, al escaparse por el cráter de la envidia, arrasa los más hermosos palacios de la fama, devasta las campiñas más floridas de virtud, hace vacilar los templos del renombre y dilata por doquiera la desolación y la muerte, sin ser posible contener el estrago y establecer nuevamente la calma.

Después de su muerte se han intentado contra el poeta algunas acusaciones de heterodoxia, fundadas en pasajes rebosantes de ardor poético y de sentido figurado que no acertaban á entender sus impugnadores. Porque en su himno á las exequias de los muertos, comienza: "Oh fuente ígnea de las almas, oh Creador que asociando los dos *elementos*, el uno sujeto á morir y el otro dotado de vida, has formado al hombre," concluye Pedro Bayle que PRUDENCIO no admitía la inmaterialidad del alma, y refuerza su argumentación con este otro pasaje del mismo canto: "La tierra seca recibe los restos corpóreos, mientras que el alma *liquida* se eleva al soplo del aura," sin tener en cuenta que la palabra *liquorem* no se ha de tomar literalmente sino como un recurso de libertad poética, y que la voz *elementa*, como sinónima de principio, puede muy bien aplicarse á el alma, por cuanto ella es el principio de la vida y de las operaciones en el sér viviente. De igual modo se le ha tachado de pertenecer á la antigua secta de los maniqueos, ó de proclamar la adusta moral de Pitágoras por su parsimonia en la comida y su aversión á alimentarse con carnes de buey, de cordero ó de cerdo, aversión de que participaban todos los antiguos cristianos, que veían en la abstinencia un modo para dominar los estímulos de la concupiscencia. Menos injusto es el cargo

de excesiva confianza en la divina misericordia, cuando asegura que el sábado de pascua el mismo tártaro aplaca el rigor de los tormentos, mitiga el fuego á los condenados y les proporciona regocijada vacación dentro de sus cárceles. No era en su tiempo prohibida por la Iglesia esta benigna creencia, y San Agustín declaraba no ser imposible que en ciertos momentos se suavizaran sin suspenderse los sufrimientos de los réprobos por un acto de la clemencia infinita. En todo caso se ve la ingenua bondad del poeta que se compadece de los eternos desgraciados en aquel día solemne de la Iglesia, cuando cubierta de duelo por los sucesos del viernes santo, pero al mismo tiempo inundada de alegría con la esperanza de la resurrección del Señor, no sólo ora por la felicidad de los justos, sino que extiende sus votos á la conversión y buena suerte de los infieles, los herejes y de los mismos perseguidores de su santo nombre.

El más célebre reproche dirigido contra PRUDENCIO, se funda en la humildísima plegaria con que corona uno de sus poemas, en la cual, poseído de inmenso dolor por sus pecados, ruega al Señor que no lo conduzca á la mansión beatífica, antes de purificarlo con las llamas vengadoras. Se ha calificado de desesperada é impía esta oración por algunos obstinados en no admitir que en ella se refiera el poeta, no á las penas del infierno, sino á las llamas transitorias del purgatorio; pero á su defensa han acudido gran número de sabios teólogos, quienes comprueban la ortodoxia y el espíritu netamente católico de PRUDENCIO en todas sus afirmaciones, dejando confundidos á quienes, con malicia ó instinto de animadversión, han tratado de desviar la sana intención de sus doctrinas.

Durante su vida se vio también precisado en más de una ocasión á demostrar su amor á la verdad y odio al error, no en contra de enemigos personales, sino en lucha con los últimos herederos de la aristocracia romana, á la cual dominaba una rabia sorda contra el incremento de la fe católica, una obstinación vehemente en favor del antiguo

culto, que sintiéndose herido de muerte, infundía en sus secuaces el ardor de una lucha desesperada, mantenía los ánimos en incesante alarma y constituía el drama trágico de aquel tiempo. Blanco de la más refinada intriga eran entonces los puestos públicos, por estar pendientes de las personas que los ejercían la prosperidad ó la ruina de las falsas creencias. Si las calamidades se desplomaban sobre el imperio, si las invasiones lo minaban, si lo afligían el hambre y la peste, se miraban tan grandes males como efecto de la cólera que experimentaban los dioses al verse ultrajados y destituidos de la ciudad. Las familias senatoriales se valían de tales argumentos para sostén del paganismo agonizante, y al implorar para sus ceremonias sagradas el auxilio del príncipe, no dejaban de poner estorbos á los magistrados adictos á la nueva religión.

No queriendo PRUDENCIO acabar su vida en medio de semejantes conflictos, sino ávido de impedir con su potente pluma la propagación de las herejías, de extender y consolidar la fe católica, de prosternar el culto de los gentiles é inferir el deshonor á los ídolos de Roma, abandonó las agitaciones del mundo, y en la bonanza de su residencia nativa, emprendió una vida de renovación y sosiego.

Nada nos parece tan digno de contemplarse con ojos de admiración como el género de vida adoptado por los fieles que embellecieron con sus virtudes los siglos juveniles del Cristianismo. Ora naciesen abrazando la fe de sus mayores, ó bien se convirtiesen á ella, por descender de origen pagano, eran los primeros seguidores de Cristo dechado correctísimos de abnegación y de heroísmo, pacientes en la humildad, fuertes para el sacrificio é impertérritos en la fidelidad á sus creencias. Muchos de ellos, como San Agustín, regenerados en las aguas del bautismo, escalaban en breve las más erguidas cumbres de santidad con los prodigios de la penitencia y del bien obrar; otros, como el valeroso Cipriano, antes de borrar con la sangre del martirio los extravíos de su adolescencia, empeñaban guerra

sin tregua á los herejes con las aceradas armas de su elocuencia; algunos, como la noble virgen Eulaliá, escapaban la vigilancia paterna ó huían de los claustros para ir á presentar su pecho al hierro del verdugo; otros, por último, llevaban vida edificante, aunque no sufrían muerte violenta al confesar su fe, ni ejecutaban hechos extraordinarios de donde mereciesen más tarde el dictado universal de santos. Al número de éstos pertenece nuestro autor desde el instante en que, vuelto á su casa, trueca sus miras terrenales y su espíritu de actividad por su amor á la oración y á los ejercicios de la piedad cristiana. Dio á su casa la apariencia de una morada cenobítica por la severidad de la disciplina; una pobreza voluntaria resplandecía en su hogar y en su persona, y si á veces deploraba la falta de abundancia, era movido por compasión á los necesitados, á quienes había distribuído los ahorros de su trabajo y servía de alivio delicado en sus desgracias. "No hacía más que una comida al día, dice uno de sus biógrafos, y ésta, al crepúsculo de la tarde, compuesta de legumbres, miel y frutas; absténase de los manjares espléndidos, mirando con repugnancia los constituídos por carnes de animales cuadrúpedos, propios, según su creencia, de hombres indomables y bárbaros." Gastaba en celebrar las alabanzas de Dios las horas del alba, del medio día y de la tarde, suspirando por el momento en que le fuera dado entregar su cuerpo vivo á las garras de voraces fieras, según lo exigía para los cristianos el rigor de aquellos tiempos. En el resto del día y parte de la noche componía sus hermosos himnos, el libro de las *Coronas*, la *Hamartigenia* y demás obras de controversia y teología, con tanta facilidad, prontitud y fluidez, que en ellas se confirmaba una vez más la inagotable fecundidad del ingenio hispano.

Vino á turbar la placidez de su recogimiento, hacia el año 404, una orden de Honorio llamándolo con instancia á Roma para tratar asuntos hasta hoy inexplicables, pero

que debían ser de grave trascendencia á juzgar por el ansia y zozobra despertada por ellos en su ánimo. Dócil al llamamiento del príncipe, se alejó por segunda vez de su casa, abandonándola á una suerte insegura, y con la esperanza de rechazar los peligros de que se sentía amenazado, y visitar al mismo tiempo las catacumbas y demás lugares sagrados que acaso mirara antes con negligencia, se encaminó á la reina del mundo, ofreciendo al Señor en sacrificio expiatorio las fatigas y penuria de un viaje tan largo. Ya se encaminara á Roma con el fin principal de responder á algún cargo alusivo al período de su administración, é para tratar cualquiera otro asunto de importancia, es la verdad que PRUDENCIO dio á su nuevo viaje la forma de una peregrinación sagrada, y prescindiendo en cuanto estaba en su poder de toda mira temporal, iba buscando en las pinturas de los templos, en los epitafios de las tumbas y en los recuerdos de los sepulcros, materia de inspiración para sus cantos. A su paso por *Forum Cornelii*, antigua ciudad de Italia, conocida hoy con el nombre de Imola, penetró en el templo de San Casiano, y bañado en lágrimas al recordar las aflicciones y trabajos de su propia vida, yacía extendido sobre las losas del sepulcro, cuando levantó á lo alto los ojos y vio, en imagen de variados colores, una muchedumbre de pequeñuelos, que con agudos estiletos punzaban las carnes bendecidas del mártir.

El guardia del santuario, á una súplica del peregrino, le refirió la historia ilustradora de aquel cuadro, en donde se hacía brillar la fe inquebrantable de los antiguos tiempos. Cuadros y efigies de santos y bienaventurados adornaban desde los primeros días de la Iglesia los muros y altares de los templos, pese á muchos iconoclastas que han negado la antigüedad de culto tan importante.

Rodeado por tierno rebaño de alumnos, vivía Casiano enseñando las primeras letras, y gustaba sobremanera en ejercitar á sus discípulos en el arte de la taquigrafía, muy

divulgado entre los romanos (1). A veces la severidad de sus preceptos excitaba la ira del vulgo estudiantil; "que siempre fue amargo el maestro á la adolescencia y ninguna disciplina pareció dulce á la infancia."

Doctor amarus enim discenti semper ephebo,  
Nec dulcis ulla disciplina infantiae est.

(Prud Passio Cas.)

Una furiosa tempestad se desencadenó por aquel entonces contra los defensores de Cristo. El maestro fue arrebatado de en medio de su grey, por haberse rehusado á ofrecer sacrificios ante las aras de los dioses. El autor del tormento indagó el género de profesión de héroe tan noble en su resistencia y mandó entregarlo al enjambre de párvulos para que lo martirizaran. Atanle al punto los brazos á la espalda, despójánlo de su manto y la tropa vengativa lo rodea armada de sus estiletos, desgarran y sangra lentamente el cuerpo de su buen maestro.

Al escuchar PRUDENCIO tan conmovedor relato, humedece con sus lágrimas el túmulo del patrono de Imola, y acercando sus labios al altar, confía al Santo, en ferviente súplica, sus temores y esperanzas, siente renacer la calma en su pecho, continúa su viaje, alcanza éxito venturoso, vuelve á su patria y ensalza los padecimientos del institutor Casiano en uno de sus himnos más valientes y preciosos.

Antes de visitar por segunda vez á la capital del Imperio, á la que amaba como á su patria grande, en contraposición con el lugar pequeño de su nacimiento, había ya compuesto varias de sus obras, y entre ellas sus dos libros contra Símmaco, para combatir, en reemplazo de San Am-

(1) Era maravillosa la rapidez con que se aprendía en las escuelas á recoger en breves signos, llamados notas, las palabras de los oradores. Juvenal elogia esta habilidad en el epigrama 184—L. XIII:

Currant verba licet, manus est velocior illis:  
Nondum lingua, suum dextra peregit opus.

brósio, la restauración del célebre altar de la Victoria. El debate entablado con este objeto entre el Obispo de Milán y el más insigne representante de la aristocracia romana, llenó la última parte del siglo IV, puso en efervescencia el espíritu de controversia religiosa, vivificó las letras latinas y produjo un renacimiento luminoso, aunque de duración pasajera. Durante el reinado de Graciano conservábase restos del antiguo culto y aun se celebraban funciones públicas en honor de los dioses; pero el paganismo se hallaba reducido á tal grado de prostración y sufría tan vivos golpes, que su destrucción parecía inevitable. El joven Príncipe impidió al Estado participar oficialmente de las ceremonias, suprimió las rentas destinadas al culto, y para sellar con un acto visible la índole de sus intenciones, renunció la nívea púrpura, insignia de la dignidad pontificia, é hizo arrebatar de la Curia Hostilia el glorioso emblema que por espacio de cuatro siglos había presidido los designios del mundo y recibía en el Imperio el mismo culto que el *Palladium* en la ciudad de Priamo. Era la famosa estatua de la Victoria, traída en tiempos remotos de Tarento, como gaje de triunfo, y solemnemente consagrada por Augusto después de la batalla de Accio. Estaba construída de bronce dorado, se hincaba levemente sobre un globo con la extremidad de un pie, y después de presidir los funerales del César, permanecía inmóvil en la Curia, á través de las revoluciones. Venerábanla los viejos romanos como la dignidad tutelar, y al ver extinto su culto, creyeron que abandonaba el Senado la grande alma de Roma. En tales circunstancias sintió la aristocracia romana la necesidad de una protesta, y envió ante el Príncipe una legación encabezada por Símmaco, Prefecto á la sazón en Roma. Era este romano el más distinguido de cuantos se reunían en la casa de Pretextato para departir sobre erudición; desempeñaba con acierto las dignidades públicas, intervenía en los grandes negocios é invocaba las leyes en el foro con una elocuencia comparable á la de

Marco Tulio ; pero jamás estaba tan complacido como en el silencio de su gabinete, en las horas dedicadas á su biblioteca.

Allí, en presencia de sus valiosos libros, de que algunas veces hace mención, como las *Hebdomadas ilustradas de Varrón*, la *Historia Natural de Plinio*, aquel *César*, aquel *Tito Livio* de que se desprende á pesar suyo para prestárselo á Protadio y ayudarle á componer su historia de las Galias, podía olvidar las tristezas de su tiempo, transportándose en espíritu en medio de aquellos insignes varones que le servían de estímulo y á quienes no en vano procuraba imitar. Quedó frustrado su reclamo por la intervención enérgica de San Ambrosio ; pero á poco tiempo acaeció el desastre y muerte de Graciano y sobrevino al Imperio el hambre asoladora del año 383. Símmaco renueva entonces su exigencia en un famoso memorial en que atribuye el flagelo á la cólera de los dioses, acusa á los cristianos de ser responsables de las calamidades públicas, y con grande alarde de patriotismo ruega al joven Valentiniano se apiade de la religión de sus mayores y restablezca el altar de la Diosa. Su vigoroso rival lo combate con dos cartas de admirable valor apologético é histórico, en la primera de las cuales se dirige al mismo Príncipe para fortificar su debilidad contra los argumentos del orador pagano ; en la otra habla al público y desvanece con viva elocuencia los sofismas de su contrario.

PRUDENCIO no tomó parte en la lucha sino veinte años más tarde, cuando el anciano Cónsul quiso renovar por última vez sus esfuerzos antes de bajar á la tumba. Entonces PRUDENCIO compone un poema que pone de manifiesto las grandes fuerzas de que estaba dotado para la discusión y abunda en pasajes de inspiración burlona, comparables á las más hermosas sátiras de Juvenal. Después de refutar en el primer libro el paganismo de un modo general, pasa en el segundo á combatir la falsedad de las razones con que alega Símmaco la restitución de los ídolos y

sus ceremonias y expone admirablemente las verdades acerca de la naturaleza, unidad é inmutabilidad de Dios, enseña á su antagonista el misterio grandioso de la Encarnación, ruega al Príncipe Honorio ordene la abolición de los juegos cirioses, y termina diciendo que las Vestales, lo más puro y espiritual que soñó el Paganismo, no merecían ponerse en parangón con las innumerables vírgenes del Cristianismo. Tanto por el mérito del conjunto, como por el valor literario de los pormenores, es la obra más completa que produjo la poesía cristiana del siglo IV. Palpita en todas sus páginas un espíritu acendrado de patriotismo y de amor á Roma, cuya grandeza y poder no atribuye á la protección de los dioses, sino al valor y á la sangre de sus soldados. De este modo, aunque hondamente español por su cuna, hábitos y cualidades, se muestra feliz en hablar de la gran ciudad y se cree en el derecho de defenderla contra los ataques de sus mismos hijos, los paganos, quienes la ultrajan atribuyendo su grandeza, no á los triunfos magníficos de sus mayores, sino al favor de Venus, Matuta ó Ceres ; se esfuerza en demostrar que admira más que ningún otro las grandes cosas ejecutadas por los romanos, está penetrado hacia ellos de amor y reconocimiento, y les agradece, á nombre de los mismos pueblos vencidos, el haber establecido la paz y la unidad en el mundo.

ARTURO ACUÑA

(Concluirá)

## CARTA

AL SEÑOR VICERRECTOR DEL COLEGIO

Septiembre 11 de 1908

Sr. Presbítero D. Jenaro Jiménez, Vicerrector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Muy estimado señor y querido amigo :

Escribo la presente carta para cumplir con el grato deber de dar á usted, y por su digno conducto á los Supe-